

DE BUENAS INTENCIONES ESTA EMPEDRA

año NUEVO

Por CARMEN VAZQUEZ-VIGO

¿QUIEN será el valiente que se atreva a asegurar que cuando suenan las campanadas de las doce, dando fin a un año y señalando el comienzo de otro, no se promete a sí mismo cumplir con todo un programa que hará de él un ser perfecto?

Creemos que nadie. Lo que no sabemos bien es qué se propondrán los hombres en esta ocasión. Se lo hemos preguntado a algunos y nos han contestado frases vagas, subrayadas con sonrisitas misteriosas que daban la impresión de que, para el nuevo año, se habían propuesto emular al caballero Casanova, o casi.

Pero, sin duda, ésa no es más que una impresión nacida de nuestra femenina tendencia a pensar que todos los hombres son conquistadores en potencia. Resulta más atinado suponer que han decidido dejar de fumar —¿cuándo no?—, perfeccionar el inglés —por si sale lo del empleo en Londres— y hacer todas las mañanas diez minutos de cultura física —por lo de la «curva de la felicidad», que en los últimos tiempos se está acentuando de forma alarmante—.

¿Y nosotras? ¿Qué nos proponemos nosotras? Muchas cosas que, como las que se proponen nuestros maridos, no cumplimos nunca. Los primeros días de enero, porque estamos agotadas de tanto festejo y tanto turrón. Los días que siguen porque hay que ocuparse, sobre todo, de remontar la cuenta que lleva el nombre del mes y que es peor que las que han dado fama a Bahamontes. Y los meses que siguen, porque ya se nos han ido de la memoria las buenas intenciones.

Es una vergüenza. Tenemos que mantener nuestros propósitos, una vez, por lo menos. ¿Y por qué no ésta? Dentro de nada empezaremos un nuevo año. ¿Por qué no ha de ser éste el año que nos vea llenas de fuerza de voluntad, disciplinadas, cumpliendo matemáticamente todo cuanto sabemos que debemos hacer?

Confeccionemos una lista, como cuando vamos de compras, para que no se nos olvide nada. Reunamos fuerzas, recordemos que entre nuestros antepasados está Agustina de Aragón y digámonos que esta vez, de verdad, no se nos quedarán las buenas intenciones desperdigadas en el camino del año nuevo.

PARA ESTE AÑO NOS PROPONEMOS:



Ocuparnos de verdad de los estudios de los niños. No contestar jamás, cobardemente, «¿no ves que estoy ocupada?», cuando nos preguntan quién fue la madre de Sancho IV, sino enterarnos de quién fue para poder decirselo a los pobres chicos. Repasar la historia y las matemáticas y la literatura —no va a venirnos nada mal—.



No regañar con nuestra madre política. Dejarle que crea que a nosotros... años, somos unas niñas inexpertas, incapaces de preparar un biberón adecuadamente y de darle el punto justo a la paella. Recordar que madre hay una sola, aunque sea la de nuestro marido.

No volver a repetir ni una vez eso de «qué mal está el servicio». Dar gracias porque todavía tenemos una Micaela, una Juana, una Trini, en vez de una máquina lavaplatos o una cocina automática, por maravillosas y perfeccionadas que sean. Hacernos a la idea de que Micaela, Juana y Trini nos van a durar poco y que eso no será una desgracia mayor de la ocurrida en Pompeya. Y, al mismo tiempo, pensar también un poco en si las señoras no estaremos «emala» en algunas ocasiones.



No regañar con nuestros maridos. Para conseguirlo, quizá baste con tratarlo como si fuera una visita: es decir, recibirle bien peinadas, sonrientes, preguntarle amablemente si quiere un poco más de café o prefiere flan para postre, darle las gracias siempre que haya lugar y pedirle las cosas por favor. El, pasado el primer momento de estupor, hará lo mismo, seguro.

DO EL CAMINO DEL...



Hacer el régimen, hacer el régimen, hacer el régimen. (A ver si así, repetido tres veces, conseguimos hacerlo.) Meternos en la cabeza que una cintura estrecha bien vale una semana a lechuga y yogur y que la vida sigue teniendo atractivos aunque desaparezcan de ella las tortitas con nata y los bombones.

No regañar con nadie. Enfadarse quita el apetito, el sueño, acentúa las arrugas y, lo que es peor, no sirve para nada. Que la experiencia al respecto, recogida en años anteriores, nos sea útil en éste.



Recordar que a nuestro alrededor hay gente. Que el mundo no se acaba en las paredes de nuestra casa. Que lo que le ocurre a un hombre de Honolulu y a una mujer de Finlandia, es también asunto nuestro.

Y hemos llegado al número siete de nuestros buenos propósitos. Nos quedamos en él, recordando que es número mágico: siete los buenos enanitos, siete las hadas madrinas...

Esperemos que ellas, con sus varitas prodigiosas, hagan posible el milagro de que 1963 sea el año, no de los propósitos, sino de las realizaciones.



GRAN GALA "FIN DE AÑO"

EL final. La hora de la despedida. 1962, empujado, desaparece. Otro año robusto, flamante, lleno de vitalidad, entra en el calendario. La noche de fin de año es para todos una gran gala que cada uno emplea y disfruta a la medida de sus gustos y de sus posibilidades. Es, sobre todo, una fecha brillante para la mujer, sea cual sea su condición social. Bailes, pequeñas reuniones de amigos, veladas familiares que congregan, en lugares públicos o en el hogar, a personas deseosas de vivir con alegría unos momentos únicos. La mujer que no puede vestir bien, sueña al menos con lograrlo algún día. Es una noche de esperanzas que se quisieran concretar en los 365 días siguientes. ¿Cómo vestirán en la noche de San Silvestre algunas mujeres que disfrutaban de renombre? Hemos escogido cuatro damas españolas, cuatro líderes de la moda que lucen para los lectores de TRIUNFO los modelos que han sido diseñados especialmente para ellas. Son la duquesa de Alba, la condesa de Quintanilla, la marquesa de Perinat y la baronesa de Gotor. En sus residencias han posado ante el fotógrafo y ofrecen, de riguroso estreno, los trajes de su gran gala de fin de año.

INFORMACION GRAFICA A LA VUELTA